

1º La primera, que os ayude a **no cometer ningún pecado mortal** en toda vuestra vida. ¿Sabéis qué quiere decir caer en pecado mortal? Quiere decir renunciar al título de hijo de Dios, para ser esclavo de Satanás; perder aquella belleza que ante los ojos de Dios nos hace tan hermosos como los ángeles, para ser semejantes a los demonios; perder todos los méritos ya adquiridos para la vida eterna. Quiere decir estar expuestos a ser precipitados a cada momento en el infierno; quiere decir inferir una enorme injuria a la Bondad infinita, lo cual es el mayor mal que pueda imaginarse. Aun cuando María Santísima os obtuviera muchas gracias, de nada servirían si no os consiguiera la de no caer en pecado mortal. Esto debéis implorarle mañana y tarde y en todos vuestros ejercicios de piedad.

2º La segunda es **conservar la preciosa virtud de la pureza**, de que ya os he hablado. Si conserváis intacto ese precioso tesoro, seréis semejantes a los ángeles y vuestro ángel de la guarda os mirará como hermano y se complacerá en vuestra compañía.

¿Qué obsequio le ofreceréis para obtener estas gracias? Si podéis, **rezad el Santo Rosario, o al menos no os olvidéis nunca de rezar cada día tres avemarías**, con la jaculatoria: «¡Madre querida, Virgen María, haced que salve yo el alma mía!».

5º Sobre la elección de estado.

Dios, en sus eternos designios, destina a cada uno de vosotros a un género de vida, y le otorga las gracias necesarias para ese estado. Es de suma importancia, hijos míos, que acertéis en esa elección, a fin de que no os impongáis obligaciones que no sean de la voluntad y agrado del Señor.

Para ello, uno de los principales medios es **pasar en la inocencia la niñez y la adolescencia**, o, a lo menos, reparar con verdadera penitencia los años que hayáis vivido en el pecado. Otro medio poderosísimo es **la oración humilde y perseverante**, repitiendo con San Pablo: «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Act. 9 6); o bien con Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (I Rey. 3 9); o con el Salmista: «Enséñame a hacer tu voluntad, porque Tú eres mi Dios» (Sal. 142 10), u otra semejante aspiración.

En vuestras resoluciones, acudid a Dios con fervientes oraciones, ofreced a este fin la santa Misa y alguna Comunión. Haced alguna novena o triduo, practicad alguna penitencia y visitad algún santuario. Acudid a María, que es la Madre del buen consejo; a su esposo San José, que siempre fue muy fiel a los divinos mandamientos; al ángel custodio y a vuestros santos patronos. Proponed seguir la voluntad de Dios pase lo que pase. Consultad con personas piadosas y sabias, y, sobre todo, con vuestro confesor. Por fin, sería muy laudable, antes de esta decisión, que hicierais ejercicios espirituales o un día de retiro.

Consejos de San Juan Bosco para practicar la virtud

Proseguimos aquí los consejos de San Juan Bosco a los jóvenes, iniciados en una anterior Hojita de Fe, con los que este santo educador quería sustraer a sus alumnos de la corrupción y de los vicios que los arrastran a la condenación eterna, y llevarlos a la virtud y a la santidad.

1º Conducta a observar en las tentaciones.

Ya desde vuestra más tierna edad trata el demonio de haceros caer en pecado y apoderarse de vuestra alma; por eso debéis vigilar continuamente para no caer cuando el demonio os tienta, incitándoos a hacer el mal. Para preservaros de las tentaciones, debéis **apartaros de las ocasiones, de las conversaciones escandalosas, de los espectáculos públicos**, donde no se ve nada bueno y donde siempre hay que temer grave perjuicio para el alma. Procurad, además, **estar siempre ocupados en el trabajo o estudio**; cuando no, dibujando, cantando o tocando algún instrumento; y cuando no sepáis qué hacer, divertíos con algún juego inocente o leed algún libro bueno, siempre con el permiso de vuestros padres o superiores.

«Procura –dice San Jerónimo– que el demonio nunca te encuentre desocupado». Cuando advirtáis que sois tentados, no deis lugar a que la tentación se posesione de vuestro corazón; al contrario, rechazadla al instante por medio del trabajo y de la oración. Si persiste, haced la señal de la cruz y besad algún objeto bendito, diciendo: «María, Auxilio de los cristianos, rogad por mí»; o bien: «Protector mío San Luis Gonzaga, haced que nunca ofenda a mi Dios».

Os indico este santo porque la Iglesia lo propone como modelo y protector especial de la juventud. En efecto, San Luis, para vencer las tentaciones, huía de todas las ocasiones, ayunaba a pan y agua, se disciplinaba. Así obtuvo una completa victoria sobre todas las tentaciones; como la obtendréis también vosotros si procuráis imitarle a lo menos en la mortificación de los sentidos y especialmente en la modestia, y si le invocáis de corazón al ser tentados.

2º Astucias de que se vale el demonio para engañar a la juventud.

El primer lazo que suele tender el demonio a vuestra alma para perderla es la falsa idea que os sugiere de que **no podréis continuar mucho tiempo por la difícil**

senda de la virtud y alejados de todos los placeres durante cuarenta, cincuenta, sesenta o más años que os promete de vida. A esta sugestión del enemigo infernal contestad: «¿Quién me asegura que llegaré a esa edad? Mi vida está en manos de Dios, y hoy mismo puede ser el último día de mi existencia. ¡Cuántos de mi misma edad estaban ayer sanos, alegres y contentos, y hoy los llevan al sepulcro!». Y aun cuando debiésemos trabajar aquí algunos años en el servicio del Señor, ¿no se nos recompensará centuplicadamente con una eternidad de dicha y de gloria en el paraíso?

Por otra parte, vemos que *los que viven en gracia de Dios están siempre alegres* y conservan hasta en sus aflicciones la paz y la serenidad del corazón; mientras que con quienes se abandonan a los placeres sucede todo lo contrario, ya que viven sin sosiego y se esfuerzan por encontrar la paz en sus pasatiempos, sin conseguirla nunca, siendo cada día más desgraciados: «No hay paz para los impíos, dice el Señor» (Is. 57 21).

Quizá alguno de vosotros alegue: «Somos jóvenes; si pensamos en la eternidad y en el infierno nos entristeceremos, y acabará por trastornárenos la cabeza». No niego que el pensamiento de una eternidad dichosa o desgraciada y de un suplicio que no concluirá jamás es un pensamiento capaz de poner miedo y espanto a cualquiera; pero decidme: si os trastorna la cabeza sólo pensar en el infierno, ¿qué será caer en él? Mejor es pensarlo ahora para no caer más tarde; porque es evidente que si lo meditamos a menudo, pondremos por obra los medios para evitarlo.

Observad, además, que si el pensamiento del infierno es aterrador, también nos colma de consuelo la esperanza del paraíso, en donde se gozan todos los bienes. Por eso, los santos, pensando seriamente en la eternidad de las penas, vivían muy alegres y con la firme confianza de que Dios les ayudaría a evitarlas, dándoles la recompensa eterna que tiene preparada a sus fieles servidores.

Valor, pues, queridos míos; haced la prueba de servir al Señor, y ya veréis qué dulce y qué suave es su servicio, y qué dichoso se encontrará vuestro corazón en esta vida y en la eternidad.

3º La más bella de las virtudes.

Toda virtud en los niños es un precioso adorno que los hace amados de Dios y de los hombres. Pero la reina de todas las virtudes, la virtud angélica, la santa pureza, es un tesoro de tal precio, que los niños que la poseen «serán semejantes a los ángeles del cielo», dice nuestro divino Salvador (Mt. 22 30).

Esta virtud es como el centro donde se reúnen y conservan todos los bienes (Sab. 7 11); y si, por desgracia, se pierde, todas las virtudes están perdidas. Pero esta virtud, muy querida por Jesús y María, que os hace como otros tantos ángeles del cielo, es sumamente envidiada del enemigo de las almas; por lo que suele daros terribles asaltos para hacéroslo perder o al menos manchar. Aquí os doy algunos medios que son como armas con las que ciertamente conseguiréis guardarla y rechazar al enemigo tentador.

1º El principal es *la vida retirada*. La pureza es un diamante de gran valor; si ponéis un tesoro a la vista de un ladrón, corréis riesgo de ser asesinados. San Gregorio Magno declara que «*quiere ser robado el que lleva su tesoro a la vista de todo el mundo*».

2º Añadid a la vida retirada *la frecuencia de la confesión sincera y de la comunión devota*, huyendo además de los que con obras o palabras menosprecian esta virtud.

3º Para prevenir los asaltos del enemigo infernal, acordaos de lo que dijo nuestro Salvador: «*Este género de demonios —esto es, las tentaciones contra la pureza— no se vence sino con el ayuno y la oración*» (Mt. 17 21): *con el ayuno*, es decir, con la mortificación de los sentidos, poniendo freno a las malas miradas, al vicio de la gula, huyendo de la ociosidad y de la molicie, y dando al cuerpo sólo el reposo necesario; y *con la oración*, pero hecha con fe y fervor, no dejando de rezar hasta que la tentación quede vencida.

4º Tenéis, además, armas formidables en las *jaculatorias a Jesús, José y María*. Decid a menudo: «*Jesús mío sin pecado, rogad por mí; María, Auxilio de los cristianos, no me desamparéis; Sagrado Corazón de Jesús y de María, sed la salvación del alma mía; Jesús, no quiero ofenderos más*». Conviene, además, *besar el santo crucifijo, la medalla o escapulario de la Santísima Virgen, y hacer la señal de la cruz*.

5º Si todas estas armas no bastaran para alejar la maligna tentación, recurrid al arma invencible de *la presencia de Dios*. Estamos a la merced de Dios, quien, como dueño absoluto de nuestra vida, puede hacernos morir de repente; ¿y cómo nos atreveremos a ofenderle en su misma presencia? El patriarca José, cautivo en Egipto, fue solicitado a cometer una acción impura, mas al momento contestó: «¿Cómo he de cometer ese pecado en la presencia de Dios»; de Dios creador, de Dios salvador; de aquel Dios que en un instante puede castigarme con la muerte? (Gen. 39 8). Dios, en el acto mismo en que le ofendo, puede arrojarme para siempre en el infierno. Es imposible que no venza las tentaciones quien en tales peligros acude a la presencia de Dios nuestro Señor.

4º Devoción a María Santísima.

La devoción y amor a María Santísima es una gran defensa y un arma poderosa contra las asechanzas del demonio. Oíd la voz de esta buena Madre, que os dice: «*El que es niño, que venga a mí*» (Prov. 9 4). Ella nos asegura que, si somos sus devotos, Ella nos colocará en el número de sus hijos, nos cubrirá con su manto, nos colmará de bendiciones en este mundo, y en el otro nos asegura el paraíso.

Amad, pues, a esta vuestra Madre celestial; acudid a Ella de corazón, y estad ciertos de que os concederá cuantas gracias le pidieréis, siempre que no redunden en perjuicio de vuestras almas. Debéis, además, pedir con perseverancia dos gracias especiales, que son de absoluta necesidad para todos, pero particularmente para los jóvenes, a saber: